

J.R.R.
TOLKIEN
BEOWULF

TRADUCCIÓN Y COMENTARIO



Incluye

SELLIC SPELL

Editado por CHRISTOPHER TOLKIEN



BEOWULF

Traducción y comentario

Incluye

SELLIC SPELL

J. R. R. Tolkien

Editado por Christopher Tolkien

minotauro

Título original:
Beowulf. A translation and commentary

Primera edición: mayo de 2015

Todos los textos y materiales de J. R. R. Tolkien © The Tolkien Trust 2014
Prefacio, introducción, notas y el resto de materiales © C. R. Tolkien
© Traducción de Eduardo Segura (prefacio e introducción a la traducción),
Nur Ferrante y Óscar E. Muñoz (*Beowulf*; comentario y *El Lay de Beowulf*)
y Martin Simonson (comentario y *Sellic Spell*), 2015

De la presente edición © Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
www.tolkienbiblioteca.com
www.planetadelibros.com
www.sociedadtolkien.org

Publicado originalmente en el Reino Unido por HarperCollins *Publishers* en 2014



® y Tolkien® son marcas registradas
de The J. R. R. Tolkien Estate Limited

La ilustración del dragón y el guerrero que aparece en las págs. 3 y 381 de este libro
se reproduce por cortesía de la Bodleian Library, Universidad de Oxford,
y ha sido escogida del fondo etiquetado como MS. Tolkien Drawings 87, fol. 39.

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0260-5
Depósito legal: B. 8.467-2015
Fotocomposición: Medium
Impresión: Egedsa
Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación
a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,
sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede
ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO
a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Prefacio	9
Introducción a la traducción.	15
<i>Beowulf</i>	25
Notas sobre el texto de la traducción	105
Nota introductoria al comentario	125
Comentario que acompaña la traducción de <i>Beowulf</i>	129
<i>Sellic Spell</i> (Un cuento maravilloso)	311
<i>El Lay de Beowulf</i>	358

BEOWULF

¡Oh, atended! Hemos oído recitar la gloria de los reyes de los daneses de las lanzas en los días de antaño, y cómo estos príncipes llevaron a cabo hazañas de valor. Aquel que fuera encontrado triste y abandonado, Scyld Scefing, expulsó a las numerosas
5 huestes enemigas de los bancos en los que bebían su hidromiel, infundiendo miedo entre los hombres. Vivió para conocer tal alegría, creciendo poderoso bajo el cielo y prosperando en honor, hasta que todo a su alrededor, más allá del mar donde cabalga la ballena, hubo de prestarle oídos y rendirle pleitesía
10 —¡fue un buen rey!

Después, le nació un heredero, un niño para su corte, enviado por Dios para alivio del pueblo, al ver la cruda necesidad que padeció durante tanto tiempo por la ausencia de un príncipe. Por ello, el Señor de la Vida, que gobierna en
15 la gloria, le otorgó honores entre los hombres: afamado fue Beow, y la gloria del heredero de Scyld en Escania se extendió lejos y por todas partes. Así es cómo un joven hace posible, mediante buenas acciones y regalos generosos, mientras vive al amparo de su padre, que al llegar su momento se le unan
20 los leales caballeros de su tabla, y las gentes lo apoyen cuando venga la guerra. En cualquier pueblo, son las dignas acciones las que ennoblecen a un hombre.

Entonces, en su hora asignada, Scyld el valiente pasó a cuidado del Señor, y sus queridos camaradas lo llevaron al
25 mudable mar, como les había pedido cuando —siendo aún su

príncipe— gobernaba a los eskildingos con su palabra: amado señor de la tierra, largo fue su magisterio. En el puerto, con ensortijada proa de la que pendían los hielos y presta para partir, se encontraba la nave del príncipe. Depositaron a su
 30 amado rey, el otorgador de anillos, en el seno del barco, gloriosamente junto al mástil. Trajeron tesoros y preciosos objetos de regiones lejanas; nunca oí contar que los hombres hayan engalanado otra nave con más criterio que aquélla, con armas de guerra y arneses de batalla. Sobre su regazo se api-
 35 laban tesoros que ahora debían partir lejos con él, hacia los dominios del mar. Lo adornaron con tesoros y regalos que en nada desmerecían a los que le dieran los que, al principio, lo lanzaron solo sobre las olas, siendo niño. Es más, en alto, sobre su cabeza, colocaron un estandarte dorado y lo entrega-
 40 ron a Océano para que lo acogiese. Triste estaba el corazón de aquéllos, y su alma de luto. Nadie puede decir con certeza, ni los señores en sus salones, ni los poderosos bajo el cielo, quién recibió aquella carga.

Una vez su padre partiera de casa hacia ese otro lugar, Beow
 45 de los eskildingos permaneció largo tiempo en las fortalezas, el amado rey de hombres, afamado entre las gentes, hasta que después concibiera a Healfdene el Alto, quien ostentó el señorío sobre los justos eskildingos mientras vivió, envejecido y fiero en la guerra. Le nacieron al mundo cuatro hijos. Nombrados en or-
 50 den: los capitanes de las huestes, Heorogar y Hrothgar, y Halga el Bueno; y [una hija] que he oído que fue reina de Onela, la amada consorte del guerrero eskilfingo.

La fortuna en la guerra y la gloria en la batalla le fue concedida posteriormente a Hrothgar, pues los vasallos de su propio
 55 clan lo escuchaban de buena gana, y el número de sus jóvenes guerreros creció hasta hacerse el de una poderosa compañía de hombres. Entonces, vínole a su corazón que ordenaría a los hombres que levantarán una sala y una mansión, una casa en la que beber hidromiel más poderosa que la que nunca
 60 hubieran conocido los hijos de los hombres, y en su interior

repartiría a jóvenes y viejos, por prerrogativa divina, todas las cosas: salvo la tierra de las gentes y las vidas de los hombres.

65 He oído que se hizo después un llamamiento, lejos y por todas partes de la tierra media, a muchos deudos, para que trabajaran en el engalanamiento de aquella morada. Tras un tiempo, breve para los hombres, se encontró con que todo estaba ya preparado: la mayor de las casas y de los salones. Para ella, aquél cuya palabra era ley incluso en lejanos confines, ideó el nombre de Heorot. No contradijo su promesa: el reparto de anillos y
70 tesoros en el festejo. La sala se erguía con amplios aguilonos en forma de cuerno, esperando las llamaradas guerreras del fuego destructor: no estaba lejos el momento en el que entre el padre y el esposo de la hija se volviese a despertar odio asesino, en recuerdo de una disputa mortal.

75 Fue entonces cuando el fiero espíritu que mora en la oscuridad tuvo que soportar míseramente el tormento de oír, día tras día, el estruendo de las fiestas resonando en la sala. Allí, se oía el sonido del arpa y el claro canto del bardo; allí, hablaba el que tenía conocimiento para narrar los primeros comienzos humanos, en tiempos remotos, y cómo el Todopoderoso forjó la tierra —un valle de brillante belleza al que envuelven las aguas— estableciendo triunfante el esplendor del sol y la luna como luz para sus habitantes, adornando cada rincón del mundo con hojas y ramas, creando también la vida de todo
80 cuanto se mueve y palpita.

Así vivieron aquellos hombres, en júbilo y deleite, hasta que un diablo infernal comenzó a hacer estragos. Grendel llamaban a aquella sombría criatura, el infame cazador de las fronteras, dominador de páramos, amo de las ciénagas, quien por largo tiempo había morado miserablemente en la guarida de los
90 trolls, pues el Hacedor lo había proscrito como a la raza de Caín. Ese derramamiento de la sangre de Abel por la mano de Caín fue vengado por el Señor Eterno, y aunque aquél no obtuviera alegría alguna con su violenta acción, Dios lo apartó

95 lejos de la humanidad por tal crimen. De él nacieron todas las malignas criaturas, como los ogros, los trasgos, y las fantasmagóricas formas infernales, además de los gigantes, que largamente lucharon contra Dios, un combate por el que recibieron su merecido.

100 Una noche, Grendel se acercó hasta tan excelsa residencia para espiar y ver cómo los daneses de los anillos, después de beber cerveza, disponían allí su habitación. Se encontró con una compañía de nobles que dormía tras la fiesta, sin conocer dolor, inconscientes del infeliz destino de los hombres. El monstruo maldito, voraz y espantoso, velozmente dispuesto,
105 atrapó a treinta caballeros en sus lechos. Luego, mientras regresaba a su guarida, se ufanó del triunfo sobre sus presas y del exceso de su asesinato.

Al cabo de un rato, al alba, quedó claro para los hombres con la primera luz del día cuál era la fuerza de Grendel en la batalla, y a la fiesta le siguió el llanto, un poderoso grito en la mañana. El glorioso rey, su príncipe probado de antaño, se sentó abatido. Su vigoroso y valiente corazón sufría y se entristecía por sus caballeros cuando sus hombres encontraron las
115 huellas del enemigo, el maldito demonio. ¡Demasiado amarga era la lucha, demasiado calamitosa y cansada de soportar! No pasaría más de una noche antes de que volviera nuevamente a perpetrar otro exceso de crueles crímenes, sin lamentarse por sus actos malévolos y hostiles —así de hundido se hallaba en
120 los abismos. Fue fácil encontrar entonces hombres que buscaran lejos un lecho más seguro, una cama en aposentos menores y más remotos, pues era evidente y clara la magnitud del odio del usurpador de salones. Escapó del enemigo quien puso más distancia entremedias, y más seguridad.

125 De este modo, contra todo derecho, un solo señor hizo la guerra a los demás, hasta quedar vacía la mejor de las casas. Largo discurrió el tiempo, doce inviernos, en los que el amado señor de los eskildingos soportó muchas angustias, tormentos y profunda tristeza. Y así fue cómo se dio a conocer a los

130 hombres, y fue revelado a los hijos de la humanidad en tristes
canciones, que Grendel luchó incesantemente durante años
con Hrothgar, trayendo odio y malicia, gestas perversas y ene-
mistad, sin dar tregua a las huestes danesas, y sin contener su
crueldad mortal, no aceptando términos de pago, por lo que
135 no hubo motivos para que los consejeros reclamaran una dora-
da recompensa de las manos del homicida. No, el fiero asesino
los perseguía de todas formas, caballeros y jóvenes, como una
sombra oscura de muerte, apostada, esperando acechante en la
larga noche de los nebulosos páramos, en los que los hombres
140 no saben por dónde merodean los hechiceros del infierno.

Así, ese enemigo de los hombres, llevó a cabo con frecuen-
cia muchos actos malignos, acechando a solas, causando graves
ultrajes, viviendo por la noche en el salón de Heorot iluminado
con gemas. (Que nunca pueda aproximarse al precioso Trono
145 de Gracia en la presencia de Dios, ni que conozca Su voluntad.)
Ése era el gran tormento del señor de los eskildingos, su angus-
tia de corazón. Muchos poderosos se sentaron a menudo a con-
versar, tomando consejo sobre lo que fuera mejor hacer contra
tan tremendos terrores por parte de los hombres de corazón
150 firme. En algunas ocasiones, realizaron sacrificios a los ídolos en
sus tabernáculos paganos, implorando al destructor de almas
en sus oraciones alguna ayuda contra el sufrimiento del pueblo.
Tal fue su costumbre, la esperanza de los paganos, conscientes
en su corazón del infierno (aunque no conocían al Creador, el
155 Juez de las Acciones, ni habían oído hablar del Señor Dios, ni
habían aprendido a rezar al Guardián de los Cielos y Rey de la
Gloria. ¡Desgraciado será el que a través de la malicia enemiga
confíe su alma al abrazo del fuego, desamparado de cualquier
cambio en su suerte o de ningún consuelo! ¡Bienaventurado
160 será el que después de la muerte vaya al Señor buscando paz en
el regazo del Padre!).

El hijo de Healfdene reflexionaba sin cesar de esta mane-
ra sobre las penas de aquellos tiempos, no pudiendo el sabio
príncipe conseguir apartar su dolor: demasiado fuerte era la

165 lucha que le había sobrevenido a su pueblo, demasiado dura
y cansada de soportar, el fiero y cruel tormento que debían
padecer, la inmensa miseria que traía la noche.

En su lejano hogar, el caballero de Hygelac —honrado entre los
gautas— oyó hablar de los actos de Grendel. En su día, fue el
170 hombre más fuerte de la humanidad, noble y de estatura supe-
rior a la medida humana. Encargó que le preparasen una buena
embarcación encima de las olas, y les dijo que sobre las aguas
donde cabalga el cisne marcharía en busca del rey-guerrero, el
afamado príncipe, pues necesitaba hombres. Los sabios no en-
175 contraron ningún impedimento para el viaje, a pesar de que les
era muy querido, y alentaron su valiente corazón observando
los presagios.

Eligió ese buen hombre a los Campeones de los gautas,
un total de quince, seleccionados entre los más decididos que
180 pudieran hallarse. Guiados por el guerrero diestro en faenas
marinas, fueron hasta la orilla a buscar su enmaderada nave.
El tiempo pasó. Bajo los acantilados, la nave flotaba sobre
las olas. Ansiosamente, los guerreros subieron por la proa, y
el mar de numerosas corrientes caracoleó sobre la arena. Los
185 hombres armados colocaron sus brillantes arneses, las inge-
niosas vestimentas de guerra, en el seno de la nave; luego,
durante el feliz viaje, impulsaron sus bien ajustadas made-
ras navegando. Surcó las olas del abismo impulsada por el
viento, bogando más como un ave con espuma en el cuello,
190 hasta que, a la hora prevista del segundo día, el avance de su
curvado pico llevó a los marineros a divisar tierra, brillantes
acantilados junto al océano, y cabos y promontorios aden-
trándose en el mar. Para aquella nave, el viaje había llegado a
su fin. Los hombres del pueblo Amante del Viento saltaron
195 rápidamente a la playa y aseguraron las marinas maderas de
su barco, sacudiendo sus cotas de malla, sus ropas guerreras.
Dieron gracias a Dios por haberles facilitado su pasaje sobre
las olas.

Ocurrió entonces que desde la parte alta de la playa, el vi-
200 gía eskildingó que hacía guardia en los acantilados vio escudos
brillantes y galantes arneses descender por la rampa de la nave.
Su corazón se consumía ansioso por saber quiénes podrían ser
aquellos hombres. Cabalgando, se aproximó hasta la orilla el
caballero de Hrothgar, y empuñando vigorosamente su pode-
205 rosa lanza, con palabras conciliadoras preguntó: «¿Qué guerre-
ros sois, así vestidos con corazas, que habéis guiado hasta aquí
vuestra alta nave por las sendas del mar sobre aguas profundas?
¡Escuchad! Durante largo tiempo he vivido en los límites de
la tierra firme, vigilando las aguas para que ningún enemigo
210 llegue a la orilla de los daneses hostigando con flota de asalto.
Nunca antes otros hombres armados osaron desembarcar tan
abiertamente sin conocer la contraseña guerrera y sin tener el
consentimiento de sus moradores. Jamás había visto sobre la
tierra hombre más grande que uno de vuestros guerreros arma-
215 dos. Si su rostro no miente, ni su aspecto sin par, no es ningún
sirviente, como se puede ver en el valeroso despliegue de sus
armas. Debo saber a qué pueblo pertenecéis, no sea que paséis
como falsos espías a la tierra de los daneses. Vamos, moradores
de lejanas tierras, viajeros del mar, escuchad mi petición dicha
220 con sencillez: ¡es mejor que digáis con premura desde dónde
os condujo vuestro camino!».

Abriendo su cofre de palabras, le respondió el jefe, el lí-
der de la compañía: «Por raza somos gautas, y camaradas del
hogar de Hygelac. Famoso entre la gente fue mi padre, noble
225 guerrero en la vanguardia de la batalla, lo llamaban Ecgtheow.
Soportó muchos inviernos y abandonó sus salones siendo ya
anciano. Bien lo recuerdan los sabios de lugares muy lejanos
por toda la tierra. Con propósito amistoso buscamos ahora a
tu señor, el hijo de Halfdene, defensor de su pueblo. ¡Aconse-
230 janos tú cordialmente! Hemos de realizar una vigorosa tarea
para el renombrado señor de los daneses, y creo que ciertos
asuntos no deberían mantenerse en secreto. Tú sabrás mejor
si esto es así, como en realidad hemos oído, que entre los es-

kildingos hay no sé qué ser mortífero, uno que lleva a cabo
 235 gestas de secreto odio, quien en las noches oscuras, con espanta-
 tosa astucia, muestra su malicia monstruosa —vergüenza de
 los hombres— y su tala de muertos. En relación a esto, puedo
 darle a Hrothgar, con buen ánimo de corazón, algún consejo
 sobre cómo él, sabio y bueno, podrá vencer a su enemigo —si
 240 es que alguna vez puede haber cambio o mejora en los tormen-
 tos de su infortunio—, y cómo las ascuas de su duelo serán
 enfriadas. De lo contrario, mientras la mejor de las casas siga
 en pie en su alto lugar deberá soportar por siempre tribulacio-
 nes y cruda necesidad».

245 El vigía habló, sentado en su caballo, bravo siervo del rey:
 «Un hombre consciente y de agudo ingenio discernirá la ver-
 dad tanto en las palabras como en las acciones. Mis oídos me
 aseguran que aquí hay una compañía de hombres de dispo-
 sición amigable hacia el Señor de los Eskildingos. ¡Avanzad,
 250 ciñendo vuestras armas y armaduras! ¡Yo os guiaré! Es más,
 ordenaré a mis jóvenes escuderos que vigilen con honor la
 embarcación, vuestra recién embreada nave, sobre la arena,
 protegiéndola de cualquier percance, hasta que con sus tablo-
 nes y su coronada proa vuelva a recorrer las corrientes del mar,
 255 su amado señor, hasta sus confines. Sin ninguna duda, a un
 benefactor así le será garantizado regresar sano y salvo de la ya
 empezada guerra!».

Cuando marcharon, la nave de profundo calado quedó flo-
 tando sobre su ancla, amarrada por un cabo. Figuras de jabalí
 260 brillaban sobre los yelmos adornados con oro, centelleantes
 y forjados al fuego, las fieras y desafiantes máscaras de guerra
 preservadoras de la vida. Avanzando juntos, los hombres se
 apresuraron hasta que finalmente atisbaron el salón decorado
 en oro, la primera de todas las casas bajo el cielo en las que
 265 viven los hombres, cuya luz brillaba sobre muchas tierras, y en
 la que moraba aquel poderoso. Luego, el atrevido guerrero les
 indicó con claridad dónde se encontraba la corte de los orgu-
 llosos, para que pudieran marchar directo hacia ella.

En ese momento, el guerrero dio la vuelta a su caballo y
270 les dijo estas palabras: «Es tiempo de que parta. ¡Quiera Dios
Todopoderoso en su gracia manteneros sanos y salvos en vuest-
tra misión! Regresaré al mar, a mantener mi guardia contra las
huestes enemigas».

La calzada estaba pavimentada siguiendo patrones de empedrado, guiando la compañía. Una cota de malla brilló, dura, hecha a mano. Relucientes anillos de hierro campanilleaban en sus arneses mientras caminaban hasta el salón en su temible atuendo. Cansados por el mar, bajaron sus altos escudos, sorprendentemente duros de combar, dejándolos contra el
280 muro de la casa, y se sentaron en los bancos. Las cotas de malla campanillearon, los arneses de guerra de los hombres. Sus vestimentas de marinos y sus lanzas, de empuñadura de fresno y grises puntas aceradas, quedaron todas juntas, apiladas. Bien pertrechada en armas estaba la compañía de las mallas de
285 hierro. Entonces, un caballero de orgullosa planta preguntó a aquellos hombres de batalla cuál era su linaje: «¿Desde dónde traéis vuestros plateados escudos, vuestras cotas de malla, vuestros enmascarados cascos y toda esa suerte de armas de guerra? Yo soy el heraldo y siervo de Hrothgar. Nunca antes
290 había visto tantos hombres extranjeros de tan orgulloso aspecto. Considero que venís como hombres orgullosos, y no como exiliados: ¡es vuestra grandeza de corazón lo que os ha traído buscando a Hrothgar!».

Fuerte y aguerrido le replicó así el orgulloso príncipe del
295 Pueblo de los Amantes del Viento, serio bajo su yelmo: «Somos compañeros de la Tabla de Hygelac, mi nombre es Beowulf. Quiero contar mi propósito al hijo de Halfdene, glorioso rey, tu señor, si, en su excelencia, nos permite acercarnos a él». Habló Wulfgar, noble príncipe de los vándalos. La templanza de su
300 corazón, sus proezas y sabiduría eran conocidas por muchos: «Le preguntaré al Amigo de los Daneses, señor de los eskildingos y otorgador de anillos, acerca de tu petición y cómo la has

expuesto, y te daré una respuesta tan pronto como él, en su bondad, esté dispuesto a darla».

305 Volvió entonces presto donde se sentaba Hrothgar, viejo y de cabeza escarchada, entre su compañía de caballeros. Caminó con vigor hasta llegar junto al Señor de los Daneses, buen conecedor de la etiqueta de los cortesanos. Wulfgar habló así a su amado señor: «Han llegado hasta aquí nobles gautas, venidos de lejos a lomos del circundante mar. El primero de estos
310 hombres de armas se llama Beowulf. Ruegan poder tener unas palabras contigo, mi rey. No les niegues tu justa respuesta, ¡oh, generoso Hrothgar! Por sus arneses de guerra, parecen ser merecedores de estima. Sin duda, su capitán, el que ha guiado a
315 los guerreros hasta esta tierra, es un hombre digno».

Hrothgar, protector de los eskildingos, habló: «Lo conocí cuando aún era niño. Fue a su viejo padre, llamado Ecgtheow, a quien el gauta Hrethel entregó como esposa su única hija. Su hijo es quien ahora viene decidido en busca de un amigo y
320 protector. Según lo que dicen los marinos que llevaban regalos y tesoros para los gautas, como muestra de buena voluntad, su mano apretaba con la fuerza y el poder de treinta hombres, y era valiente en la batalla. El Santo Dios, en su misericordia, lo ha enviado con nosotros, Daneses del Oeste —como espero—, para combatir el terror de Grendel. A este buen caballero he de ofrecerle preciosos regalos para recompensar el valor de su corazón. ¡Apresúrate ahora! Pídeles que entren y vean la orgullosa compañía de nuestros deudos aquí reunida. ¡Diles también, con palabras de acogida, que son bienvenidos entre
325 los daneses!».

[Wulfgar se dirigió entonces hacia la puerta del salón y], en pie desde dentro, pronunció estas palabras: «Mi victorioso señor, el jefe de los Daneses del Este, me ha pedido que te diga que conoce tu linaje, y que, como corazones valerosos que habéis venido sobre el oleaje, sois invitados bienvenidos. Podéis
335 pasar ahora, con vuestros arneses de batalla y bajo vuestros yelmos enmascarados, en presencia de Hrothgar. Dejad aquí los

escudos guerreros y las mortales lanzas puntiagudas a la espera de que acabéis vuestro parlamento». Se levantó entonces el señor de hombres, y a su alrededor también muchos guerreros: 340 una valerosa mesnada de caballeros. Algunos se quedaron atrás, vigilando los pertrechos de guerra, como su atrevido capitán les ordenara. Conducidos por el caballero, avanzaron juntos y presurosamente bajo el techo de Heorot. Firme bajo su yelmo, 345 [caminó Beowulf] hasta encontrarse en pie junto al hogar. Su malla brillaba sobre él, tejida como una artesanal red por el ingenio de los herreros. Habló así: «¡Salve a ti, oh Hrothgar! Soy de la estirpe de Hygelac, y su vasallo. En numerosas y afamadas gestas me aventuré en mi juventud. En mi tierra natal 350 supe de Grendel, y los marinos me revelaron que estos salones, la mejor de las casas, quedan vacíos e inservibles tan pronto como la luz de la tarde se esconde bajo el palio del cielo. Fue por ello que los mejores y más sabios entre los míos me aconsejaron que viniera a ti, Rey Hrothgar, ya que conocen el poder 355 de la fuerza de mi cuerpo, pues ellos mismos la observaron cuando regresé de los trabajos contra mis enemigos, ganándome su hostilidad. De éstos, até a cinco, desolando así la raza de los monstruos, y maté de noche entre las olas a los demonios de las aguas, soportando duras necesidades, vengando las 360 aflicciones de los gautas amantes de los vientos, y destruyendo aquellos seres hostiles, un mal que ellos mismos se buscaron. Y ahora mantendré con el ogro Grendel, ese fiero asesino, una disputa a solas. Quiero pedirte que me otorgues un favor, príncipe de los gloriosos daneses y defensor de los eskildingos. Te 365 ruego que no me lo niegues, oh protector de los guerreros, justo señor del pueblo, ya que vengo desde muy lejos: que sólo yo y mi orgullosa y valiente compañía de hombres podamos limpiar Heorot. He sabido también que este fiero asesino no se preocupa en usar armas durante sus salvajes fechorías, por 370 lo que tampoco yo llevaré espada ni ancho escudo tachonado de amarillo (para que pueda enorgullecerse de mí Hygelac, ¡mi señor!). Iré a la batalla con mis manos desnudas, y con ellas co-

geré al enemigo y me enredaré en combate mortal, odio contra odio, para que se remita al juicio del Señor a quién se ha de llevar la muerte. Creo que si se le permite hacer su voluntad, devorará a los caballeros godos de esta sala, al poderoso grupo de los hombres de Hreth, como ya ha hecho a menudo. Si me lleva la muerte, no necesitarás enterrar mi cabeza envuelta en un sudario, pues él me retendrá como cadáver ensangrentado, enrojecido por mi derramada sangre, y lo probará, y a solas lo comerá sin apiadarse, enturbiando los páramos vacíos. ¡No tendrás necesidad de ocuparte ya del sustento de mi cuerpo! Si la batalla me lleva, envía a Hygelac la excelente cota de malla que defiende mi pecho, el mejor de los atuendos. Hrethel heredó el trabajo de Wayland. ¡El destino discurre siempre como es debido!».

Hrothgar, protector de los eskildingos, respondió: «Amigo Beowulf, has venido hasta nosotros por los méritos y la gracia que una vez tuve. Tu padre, con la espada, acabó una de las mayores disputas, matando a Heatholaf con sus propias manos entre los wylfingos. Los wederas no pudieron entonces retenerlo más, por miedo a la guerra. Desde allí partió, sobre el oleaje del mar, hasta los Daneses del Sur, y hasta los gloriosos eskildingos, cuando de joven yo reinaba sobre los daneses, en un gran reino que era fortaleza y tesoro de hombres poderosos. Mi hermano mayor Heorogar, hijo de Healfdene, había muerto: ¡él era mejor que yo! Arreglé después esa disputa pagando; envié, a lomos del mar, viejos tesoros [a los wylfingos], y a cambio obtuve el juramento de tu padre. Es muy doloroso para mí contar a nadie las humillaciones que hemos sufrido en Heorot, las espantosas acciones que Grendel nos ha traído desde el odio de su corazón. Menor es ahora el número de mis guerreros, la compañía de mi sala: el destino se los llevó presto hasta la terrible garra de Grendel. ¡(Sólo) Dios puede fácilmente impedir que tan salvaje enemigo siga con sus fechorías! Con frecuencia, los campeones guerreros han presumido en esta sala —con las copas de cerveza colmadas de bebida—, que

enfrentarían el poder guerrero de Grendel con el terror de sus
 afiladas hojas. Pero después, a la mañana siguiente, este salón
 410 del hidromiel, mi casa real, brillaba con goteante sangre roja,
 con todos los bancos empapados de sangre y la sala cubierta
 por el rocío de las espadas. Me quedan pocos corazones leales
 y atrevidos guerreros probados en batalla, pues la muerte se
 los llevó. Siéntate ahora en el banquete y cuando llegue el mo-
 415 mento piensa en la victoria de los hombres de Hreth, según te
 apremie tu corazón».

Hicieron sitio para los jóvenes caballeros gautas en uno
 de los bancos del salón de la bebida, y en él se sentaron, con
 su fuerza resplandeciente, los de firme corazón. Atento a su
 420 oficio, un escudero llevó en mano la enjoyada copa para la
 cerveza y vertió brillante la dulce bebida. Siempre presto, el
 bardo cantó con claridad en Heorot. Y hubo alegría entre los
 poderosos, en la no pequeña asamblea entre daneses y wederas
 de probado valor.

425 Unferth, hijo de Ecglaf, sentado a los pies del señor de los eskil-
 dingos, habló imprecatoriamente para provocar la disputa. La
 gesta de Beowulf, su atrevida travesía marítima, le había cau-
 sado gran descontento, pues no le gustaba que nadie de este
 mundo pudiera recabar más honores que él. «¿Eres tú aquel
 430 Beowulf que desafió a Breca a nadar sobre el extenso mar, y
 quien con precipitada vanidad arriesgó la vida de ambos sobre
 el abismo? Nadie, amigo o enemigo, pudo disuadirlos de aquella
 aventura cargada de dificultades cuando con vuestros brazos y
 piernas remasteis en el mar. Abrazasteis las fluyentes mareas,
 435 midiendo las sendas del mar con rápido movimiento de manos,
 deslizándoos sobre el océano. El abismo estaba tumultuoso con
 las corrientes y el oleaje de invierno. Durante siete noches tra-
 bajasteis los dos en los reinos de las aguas. Te superó nadando,
 ¡pues tenía mayor fuerza! Las olas de la marea de la mañana lo
 440 llevaron hasta la tierra de los hatoramas, y de allí partió des-
 pués, amado de su gente, hacia la tierra de los brandingos y

su bien dispuesta fortaleza, desde donde gobernaba su sólida ciudad y repartía los anillos. Realmente, te venció el hijo de Beanstan en el desafío. Por ello, y aunque te hayas probado
 445 como un valiente en el ardor de la batalla y la siniestra guerra, te auguro con Grendel un peor encuentro, si es que lo esperas presto y alerta durante las largas horas de la noche.»

Beowulf, hijo de Ecgtheow, habló: «¡Escucha, amigo Unferth! Rebosante de bebida, has hablado mucho sobre Breca
 450 y su hazaña. Es cierto que considero que tengo más habilidad en el mar, y que he trabajado más entre sus olas que ningún otro hombre. Cuando ambos acordamos hacer el desafío, siendo niños aún y estando en la juventud de la vida, decidimos arriesgar nuestras vidas en el océano, y así lo hicimos. Desen-
 455 vainadas, asimos con fuerza nuestras espadas en las manos mientras nadábamos en el mar, para defendernos de los monstruos marinos. Nunca pudo alejarse nadando sobre el abismo más rápido que yo, sobre las fluidas olas, y de él no me separé. Estuvimos juntos cinco noches en las aguas bullentes del mar,
 460 hasta que la corriente nos separó. Ensombreciéndose la noche, nos asaltó cruelmente el viento norte de la más fría de las tormentas. Las olas estaban encrespadas, los corazones de los peces del mar, inquietos. Sobre mi piel, la cota de malla, firmemente anudada a mano, me ayudaba contra mis enemigos:
 465 mi tejido traje de batalla cubría mi pecho adornándolo en oro. Un maldito y destructor adversario me arrastró al abismo, una siniestra cosa que me atrapó con rapidez y firmeza. No obstante, me fue concedido encontrar con la punta de mi espada guerrera al criminal asesino, y al comienzo de la batalla quedó
 470 destruida la fuerte bestia del mar por esta mano mía. Después, me amenazaron seriamente, y varias veces, numerosos asaltantes. Con mi amada espada, les di su merecido, como correspondía. Ninguna alegría tuvieron en aquel banquete los apestosos malhechores, no me devorarían festejando sentados en
 475 círculo cerca del fondo del mar, no. Por la mañana, yacieron en la orilla entre jirones de olas, tan heridos por cortes de espa-

da, ese acero hecho para la muerte, que ya nunca desde entonces molestan el paso de los marineros a través de los empinados estrechos. La luz llegó desde el este, el brillante faro de Dios.

480 Las olas quedaron adormecidas, y pude distinguir los promontorios saliendo al mar, y los ventosos acantilados. La fortuna salva con frecuencia al hombre que no esté destinado a morir, cuando no le falla el valor. Sin embargo, era mi tarea matar a espada nueve monstruos marinos. No he oído que bajo la

485 bóveda del cielo hubiera otra lucha nocturna más amarga, otro hombre más infeliz en medio de los torrentes del mar, y no obstante, salvé mi vida del hostil abrazo de criaturas malditas, cansado ya de mi aventura. Más tarde, el mar, la inundante marea, me arrastró lejos entre aguas bullentes, hasta la tierra

490 de los finlandeses. No he oído que hombre alguno contara sobre ti gestas guerreras y de terrible espada tan feroces como éstas. Ni Breca en el campo de batalla, ni tú, ninguno de los dos, ha llevado a cabo tan atrevidas hazañas con aceros teñidos de sangre —aunque poco me vanaglorio de ello—, es más, tú

495 fuiste el asesino de tu propia gente, de tu familia más cercana. Por ello, sufrirás condena en el Infierno, aunque tu ingenio sea bueno. Te digo en verdad, hijo de Ecglaíf, que Grendel, fiero y fatal asesino, no habría perpetrado tantos actos de horror contra tu señor, humillándolo en Heorot, si tu corazón y tu alma

500 golpearan en la batalla como dices. ¡Aquél ha comprendido que no necesita temer demasiado la furia vengadora ni la dura tarea de las espadas por parte de tu gente, los conquistadores eskildingos! ¡Recauda una forzada cuota, y a ninguno de los daneses perdona, pues siguiendo su lascivia, asesina y viola, sin

505 esperar venganza de los daneses de las lanzas. Pero en breve, le opondré en batalla la fuerza y el valor de los gautas. Regresará quien pueda triunfante al hidromiel, cuando la luz de la mañana del día siguiente, el sol en sus ropajes celestiales, brille desde el sur sobre los hijos de los hombres!».

510 El príncipe de los daneses, de cabello gris y atrevido en batalla, el otorgador de ricos regalos, se encontró de enhorabuena

pensando que el socorro estaba a mano. Pastor de su gente, había comprendido en las palabras de Beowulf el inamovible propósito de su mente.

515 Hubo risas de fuertes hombres, y estruendo de canciones; dulces fueron las palabras. Wealhtheow, la reina de Hrothgar, se levantó, atenta y cortés, y engalanada en oro saludó a los hombres de la sala. La noble dama ofreció la copa, primero, al guardián del reino de los Daneses del Este, deseándole alegría en
520 la bebida y el amor de sus súbditos. El victorioso rey participó gozoso del fluyente vaso y del banquete. Luego, la señora de los helmingos fue de un lugar a otro entre la hueste, ofreciendo las copas enjovadas a probados hombres y a muchachos, hasta que la ensortijada reina de amable corazón entregó la copa de
525 hidromiel a Beowulf. Saludó al caballero gauta y dio gracias a Dios con sabias palabras, pues había cumplido su deseo de encontrar un hombre que aliviara sus miserias. Recibió la copa el rudo guerrero de las manos de Wealhtheow y después, con su corazón encendido por deseos de batalla, pronunció juiciosas
530 palabras. Habló Beowulf, hijo de Ecgtheow: «Cuando me hice a la mar y me senté con mi compañía de caballeros en mi nave, me impulsaba este propósito: o bien cumpliría el deseo de tu pueblo o sería uno más entre los caídos en las garras del enemigo. ¡O llevo a cabo una valerosa gesta de caballería, o en esta sala
535 del hidromiel espero mi último día!». Placieron estas palabras a la dama, el orgulloso pronunciamiento del gauta, y engalanada en oro, volvió la bella reina del pueblo a sentarse junto a su señor.

De nuevo, como antaño, se profirieron palabras valientes
540 en la sala. La hueste disfrutaba de la feliz hora en medio del triunfante clamor de la gente, hasta que, de repente, el hijo de Healfdene deseó retirarse a su lecho. Sabía que los ataques de aquel demonio contra el distinguido salón se producían entre el momento en el que se ve la última luz del sol y aquel otro
545 en el que la noche oscurecedora, y las formas cubiertas con el manto de las sombras, se deslizaban sobre el mundo, tene-

brosamente bajo las nubes. Todos se pusieron en pie. Entonces Hrothgar saludó a Beowulf, de hombre a hombre. El rey le dirigió todo tipo de alabanzas, entregándole el cuidado de su sala del licor, y le habló así: «Nunca antes, desde que puedo alzar mano y escudo, he confiado a otro que a ti el cuidado de la poderosa morada de los daneses. ¡Tómala ahora, y defiende la mejor de las casas! ¡Recuerda tu fama, muestra tu poder y tu valor, y mantente en guardia contra nuestros enemigos! Si consigues realizar esta hazaña y vives, no quedará ninguno de tus deseos por colmar».

Acompañado por sus caballeros, salió entonces de la sala Hrothgar, defensor de los eskildingos; Wealhtheow, su reina, siguió a su guerrero señor como compañera de lecho. El Rey de la Gloria, como todos oyeron, había designado a uno que defendería la sala contra Grendel, uno que ahora tenía una tarea especial al servicio de los daneses, al imponerse a sí mismo una guardia contra monstruos. Verdaderamente, el caballero gauta confiaba por completo en su valerosa fuerza, gracia que le había sido dada por Dios. Se quitó entonces su férrea cota de malla y el casco de la cabeza, y entregó su enjoyada espada, la mejor de las cosas hechas de hierro, a su escudero, pidiéndole que cuidase de sus pertrechos de batalla. Entonces, antes de acostarse, habló el bravo Beowulf de los gautas, y fue un discurso de orgullosas palabras: «De ninguna manera considero que mi estatura guerrera y mis feroces gestas bélicas sean menores de lo que Grendel considera las suyas. Por ello, no le daré el sueño de la muerte con mi espada, aunque bien podría. Tampoco dispone él de brazos proporcionados que pudieran blandir arma contra mí, o cortar mi escudo, por muy fiero que sea en acciones salvajes. No, esta noche rechazaremos los dos el acero, si se atreve a guerrear sin armas, y dejaremos así que Dios, el Sagrado Señor que ve con antelación, otorgue la gloria a quien considere oportuno».

Se tumbó entonces el valiente, hundiendo su cara en la almohada, y a su alrededor extendieron muchas telas hermo-

sas sobre su cama en la sala. Nadie creía que él volviera a ver
 su dulce hogar, los duros parajes en los que vive la gente li-
 bre, donde fue criado. No, sabían que la muerte sangrienta ya
 585 había barrido en la sala del vino a demasiados daneses. Pero
 Dios les garantizó suerte victoriosa en la batalla a los gautas,
 socorro y ayuda, para que mediante la proeza de un hombre
 solo vencieran al enemigo. Manifiesta queda esta verdad: que
 Dios ha gobernado la raza de los hombres a lo largo de todos
 590 los tiempos.

Llegó entonces, en el discurrir de la oscurecedora noche,
 una sombra caminando. Los lanceros de guardia, cuyo deber
 era defender la sala aguilonada, dormían, salvo uno. Bien sa-
 bían los hombres que, si Dios no lo quería así, el ladrón ene-
 595 migo no tendría poder alguno para arrastrarlos a las sombras;
 pero él esperaba allí despierto, a pesar de su enemigo, y con
 áspero corazón, el encuentro guerrero.

Desde las nebulosas colinas de los páramos llegó Grendel
 caminando. La ira de Dios lo poseía. Pretendía el nauseabun-
 600 do ladrón atrapar a algún humano en la altiva casa. Oculto
 bajo una nube avanzó hasta donde bien sabía se encontraba la
 casa del licor, la sala recubierta de brillante oro. No era la pri-
 mera aventura que emprendía buscando el hogar de Hrothgar.
 Nunca antes encontró, y tampoco lo haría después, peor suerte
 605 con los guardias de la sala.

Llegó así hasta la casa aquella forma humana que robaba
 la alegría de los corazones. La puerta, reforzada con hierro, se
 abrió de golpe cuando puso sus garras sobre ella. Arrancó en-
 tonces de un tirón, enfadado y con el corazón iracundo, toda
 610 la entrada a la casa, avanzando con rapidez el demonio sobre el
 bien decorado suelo. Marchaba con ánimo iracundo, y de sus
 ojos salía una diabólica luz parecida a una llama. Vio muchos
 hombres durmiendo, un tropel de deudos echados juntos, un
 grupo de hombres jóvenes. Rió entonces su corazón. Viendo
 615 la oportunidad que se presentaba para saciarse en un festín,
 el terrible asesino pensó en arrancar la vida de los cuerpos de

aquéllos antes de que llegase el alba. Pero ya no estaba predeterminado que pudiera devorar a más del linaje de los hombres tras esa noche.

620 Firme y fuerte, el deudo de Hygelac observaba cómo el siniestro ladrón de cortadoras garras hacía su juego, y cómo el asesino no estaba dispuesto a retrasarlo, pues cogió con rapidez a un hombre que dormía dejándolo sin oposición, para luego morder sus articulaciones y beber la sangre de sus venas,
625 engullendo grandes pedazos. Raudo, tomó el resto de aquel monigote inanimado —incluso manos y pies— como comida.

Se acercó más y más para apresar al guerrero de corazón valeroso que yacía en la cama. El demonio estiró su garra pero velozmente el hombre lo atrapó, y con odio en su corazón lo
630 apoyó contra su brazo. De inmediato, el maestro de gestas malféticas se dio cuenta de que nunca antes se había encontrado, en ninguno de los cuatro rincones de esta tierra, con un hombre que tuviera más fuerza en sus manos. Su alma y su corazón sintieron miedo, pero no por ello pudo huir antes. Su apetito se
635 disipó, y deseó escapar a esconderse entre las huestes del diablo. Aquel asunto no era como ningún otro que hubiera encontrado antes, en los días de su vida.

Entonces el buen caballero, el deudo de Hygelac, recordó las palabras que había proferido durante la velada, y se mantuvo
640 erguido contra él, sujetándolo fuertemente. Los dedos crujieron, y el ogro quiso escapar, pero el caballero avanzó con él. Si hubiera podido, la maldita cosa se habría liberado escapando a lo lejos, a las fosas de las ciénagas. Sintió el poder de sus dedos en el fiero apretón de su enemigo. ¡Aciago fue el viaje
645 que el siniestro ladrón hiciera a Heorot!

La sala real atronaba. Sobre todos y cada uno de los corazones de los daneses que vivían en el pueblo se cernió un miedo espantoso. Los dos rivales luchaban iracundos por el dominio de la casa. Los salones estaban inundados de ruido. Se tuvo por gran
650 portento que la casa del vino aguantara su batalla sin desplomarse, aquella bella morada en la tierra, mas había sido sólidamente

herrada, por dentro y por fuera, con sujeciones de hierro. Allí, donde furiosamente batallaban, había arrojados por los suelos numerosos bancos para beber hidromiel, adornados en oro, según cuenta el relato. Nunca habrían sido capaces de presagiar los consejeros eskildingos que un hombre pudiera de algún modo destrozar aquella belleza adornada en marfil, ni deshacerla mediante ingenios, salvo que el fuego la engullera envolviéndola en humo. De inmediato, un clamor se alzó creciente. Un miedo espantoso se apoderó de los daneses del Norte, de todos y cada uno de los que escuchaban desde el muro los gritos del adversario de Dios cantando su espectral canción. No era un canto de victoria, pues el prisionero del infierno entonaba la letanía de su tremendo dolor. Con vigor, era sujetado con la fuerza del cuerpo más poderoso que había en aquellos días.

En modo alguno permitiría aquel capitán de hombres que el mortal huésped escapara vivo, no considerando que los días de tal vida pudieran ser de uso para nadie. Muchos de los caballeros de Beowulf desenvainaron con rapidez sus antiguos aceros para defender la vida de su maestro y señor, de su afamado príncipe, si fuera posible. Hasta entrar en esa lucha, no supieron los jóvenes guerreros de bravo corazón, al intentar desde los flancos cortar y pinchar al enemigo en sus partes vitales, que ninguna espada de la tierra podía tocar al ser malvado, ni los mejores artefactos de hierro, pues había proferido un hechizo sobre todas las armas victoriosas y los aceros. Estaba predestinado que fuera en ese día de su vida en la tierra cuando entregara su alma, y lejos habría de viajar ese espíritu extraño hasta el reino de los diablos. El que antes había causado a la raza de los hombres tanto dolor de corazón y tantos males —pues tenía una disputa con Dios— comprendió que no le bastaría con su fuerza corporal, ya que el valiente caballero de Hygelac lo tenía cogido por el brazo. Odiosa le parecía a cada uno la vida del otro. Soportaba ahora ese fiero y terrible asesino un agudo dolor de cuerpo: una poderosa herida se veía en su hombro, los tendones saltaron por los aires, las articula-

ciones de sus huesos explotaron. A Beowulf le fue concedido el triunfo en la batalla, de tal manera que Grendel tuvo que huir mortalmente herido a esconderse bajo las laderas de las ciénagas, buscando sus desgraciados escondrijos. Supo entonces con certeza que le había llegado la hora, y que los días de su vida estaban contados. Y así acabó el combate mortal, y se cumplió el deseo de los daneses. En esa hora, el que había venido desde lejos con firme y sabio corazón purgó la sala de Hrothgar, y la redimió de la malicia de Grendel. Esa noche se regocijó en su gesta y en la gloria de su proeza. El jefe de los gautas había cumplido el orgulloso desafío lanzado ante los Daneses del Este, es más, había curado todo el mal y la atormentadora pena que habían sufrido y por necesidad padecido, amargura en modo alguno pequeña. Clara muestra de la hazaña realizada se dio cuando el atrevido guerrero colocó la mano, el brazo y el hombro bajo el frontal del tejado: allí estaba entera la extremidad afilada de Grendel.

Según he oído, muchos caballeros de porte guerrero se reunieron por la mañana en la sala de su señor. Los jefes del pueblo habían venido de cerca y de lejos, por distantes caminos, a contemplar el portento y ver las huellas del odiado. No sintió dolor por su muerte ninguno de los hombres que contempló el rastro de su infame huida, en cuyos arrastrados pasos quedó marcada la gravedad de la herida por la que desangraba su vida, vencido y condenado, en su marcha hacia el lago de los demonios acuáticos. Allí las aguas hervían con sangre y el agobiante tumulto de las olas estaba mezclado con crúor caliente, bullente entre la púrpura de la batalla. Se sumergió en aquel lugar, condenado a morir, y privado de toda alegría, entregó su vida y su alma pagana con su retirada a las ciénagas, donde lo recibió el Infierno. Desde allí, volvieron a la corte los viejos sirvientes, y muchos jóvenes que habían hecho el gozoso viaje hasta el lago cabalgando orgullosamente a lomos de sus monturas, caballeros subidos sobre blancos corceles. Se

recordó entonces la fama de Beowulf, y muchos dijeron —una y otra vez— que tanto al Norte como al Sur de los Dos Mares no había bajo el cielo ningún otro, de los que llevan escudo, que fuera más digno de realeza. No obstante, en modo alguno
 725 menoscabaron a su señor y protector, el clemente Hrothgar, no, pues era un buen rey.

A ratos, los atrevidos guerreros ponían al galope sus alazanes de reconocida excelencia, compitiendo a la carrera en los sitios en los que el sendero les parecía propicio. Otras veces,
 730 un vasallo del rey, un hombre cargado de orgullosas memorias y canciones, y que recordaba múltiples relatos de antaño —bien entramados palabra a palabra—, comenzaba hábilmente a tratar la gesta de Beowulf, y en verso fluido, entretejiendo las palabras, recitaba su acabada historia. Contó todo lo que había oído decir sobre las proezas de Sigemund, muchos relatos
 735 extraños sobre los arduos trabajos del welsingo, y sus aventuras en tierras lejanas, gestas de venganza y enemistad, cosas sobre las que los hijos de los hombres no sabían demasiado, salvo Fitela, que estuvo con Sigemund. El que era hermano
 740 del hijo de su hermana tenía por hábito contar algunas cosas sobre tales asuntos en aquellos días, pues habían sido camaradas en las situaciones más desesperadas, y juntos habían matado por la espada a muchos de la raza de los gigantes. No fue pequeña la fama de Sigemund tras su muerte, ya que firme en
 745 la batalla había matado al dragón que custodiaba el Tesoro. Sí, él, hijo de noble casa, se atrevió solo a llevar a cabo tan peligrosa hazaña bajo la roca antigua. Fitela no estaba con él, aunque tuvo la buena fortuna de que su espada —aquel buen acero— atravesara la extraña forma de la sierpe y quedara clavada en la pared. El dragón tuvo una muerte cruel. El
 750 fiero matador había conseguido con su valor la oportunidad de disfrutar como le placiera del tesoro de anillos. El hijo de Wæls cargó los brillantes tesoros en el barco, flotante sobre el mar, colocándolos en su seno. El dragón se disolvió en su
 755 propio calor.